

ORACIÓN

Por tu bondad, Señor y Hermano Jesús:
Concédenos escuchar tu Palabra con el corazón abierto y con nuestro ser entero orientado a Ti.
Haz que nos sea: luz en el caminar de nuestra vida, fortaleza en la lucha diaria, nuestro gozo en los sinsabores de nuestra existencia. AMEN.

TEXTO

MARCOS 10,32-45

«³²Pero estaban en el camino subiendo a Jerusalén y **Jesús** iba precediéndoles; y estaban asombrados pero **los que lo seguían tenían miedo**. Y tomando de nuevo a **los Doce**, comenzó a decirles las cosas que iban a sucederle:

³³“He aquí que subimos a Jerusalén y **el Hijo del Hombre** será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo *condenarán a muerte* y lo *entregarán* a los gentiles ³⁴y *se burlarán* de él y lo *escupirán* y lo *azotarán* y lo *matarán*, y después de tres días **resucitará**”.

³⁵Y se le acercan **Santiago** y **Juan**, los hijos de Zebedeo, diciéndole: “**Maestro, queremos** que hagas por nosotros lo que te pidamos”.

³⁶Pero él les dijo: “¿Qué queréis que haga por vosotros?”.

³⁷Pero ellos le dijeron: “Concédenos que uno se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu gloria”.

³⁸Pero **Jesús** les dijo: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que **yo** estoy bebiendo o ser bautizados con el bautismo con el que **yo** soy bautizado?”.

³⁹Pero ellos le dijeron: “Podemos”.

Pero **Jesús** les dijo: “La copa que **yo** estoy bebiendo beberéis y con el bautismo con el que **yo** soy bautizado seréis bautizados; ⁴⁰pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía concederlo, sino [que es] para quienes está preparado”.

⁴¹Y, al oírlo, **los diez** comenzaron a irritarse con **Santiago** y **Juan**.

⁴²Y, llamándolos a sí, les dice **Jesús**: “Sabéis que los que parecen gobernar a los gentiles los dominan, y los grandes imponen su autoridad sobre ellos. ⁴³Pero no es así entre vosotros, sino que quien quiera llegar a ser grande entre vosotros será vuestro servidor, ⁴⁴y quien quiera ser el primero entre vosotros será esclavo de todos; ⁴⁵porque tampoco **el Hijo del Hombre** vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” ».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (10,32-34)

- Tras su encuentro con el hombre rico (10,17-22) y la enseñanza a sus discípulos sobre los peligros de la riqueza (10,23-31), Jesús retoma con sus seguidores la subida a Jerusalén desde las regiones de Judea y Transjordania (cf. 10,1). Por el camino habla una vez más del destino que le aguarda en la ciudad santa. Esta es la más detallada de las tres predicciones de la Pasión que marcan la sección central del evangelio (8,31-33; 9,30-32; 10,32-34). Los acontecimientos profetizados se cumplen a la perfección en lo que sigue del relato: Jesús es entregado a una multitud dirigida por los sumos sacerdotes y escribas (14,43-

50); estos lo condenan a muerte (14,53-64) y lo entregan a las autoridades paganas (15,1); estas lo someten a burlas y torturas (15,15-20a); lo ejecutan (15,20b-37); y después de tres días resucita de entre los muertos (16,1-8).

En cuanto a su estructura, la perícopa está dividida en introducción narrativa (10,32) y profecía en sí (10,33-34), caracterizadas ambas por rápidos cambios de enfoque, casi cinematográficos, que salta de Jesús a los grupos que lo siguen y a los se le oponen.

- 10,32: La descripción detallada del grupo que escolta a Jesús hasta Jerusalén parece distinguir tres subconjuntos dentro de este grupo de acompañantes: los que «suben» con Jesús, que están asombrados; «los que le siguen», que tienen miedo; y los Doce, a quienes Jesús instruye en privado. El sintagma «subir a» -aplicado aquí al primer grupo, pero también a Jesús y a los Doce en 10,33- es apropiado para referirse a un viaje a Jerusalén, «una ciudad construida sobre una colina» (Mt 5,14), a unos 800 metros sobre el nivel del mar. Sin embargo, «subir» en el Antiguo Testamento tiene asociaciones de *peregrinación espiritual* (cf., por ejemplo, Sal 122,1.4; Is 2,2-3), que en el Segundo Isaías (40,1-11) se funden con la noción del «camino» liberador de Dios por el que este conduce de nuevo a su pueblo exilado a la tierra sagrada en un acto salvador de guerra santa. Así, la descripción marcana de la subida de Jesús a Jerusalén, con los grupos de seguidores que seguían su estela, recuerda la atmósfera de otras escenas de subida y triunfo divino, vivas en las esperanzas, recuerdos y tradiciones santas de Israel. Este *matiz triunfante* quedará reforzado más tarde en el evangelio cuando Marcos emplee *proagein* («ir por delante») para la nueva movilización post-pascual, por parte de Jesús, de sus discípulos para la misión en Galilea (14,28; 16,7).

Pero el miedo es también miedo y refleja la misma vieja resistencia que había hecho protestar a Pedro cuando oyó a Jesús por vez primera profetizar su muerte (8,31-32). Y aunque el miedo surge parcialmente de la devoción de los discípulos por Jesús, contiene también una parte de interés por sí mismos: si acompañan a Jesús hasta Jerusalén, también ellos podrían compartir su ruina si cae en manos enemigas, como había pasado con frecuencia cuando se hundían los movimientos revolucionarios (cf. Hch 5,36-37). El miedo de «los que lo seguían» estaba relacionado también con el terrible presente de la comunidad marcana. De esta manera, como en 4,36, la amplitud de la descripción del grupo de acompañantes de Jesús permite a los miembros de la comunidad marcana verse a sí mismos en esta mención al temor de los discípulos.

- 10,33-34: Jesús tiene un extraño modo de aliviar el miedo: toma aparte a los Doce y les profetiza en términos explícitos los horrores que le acontecerán cuando alcancen su destino. Es esta la más detallada de las tres predicciones de la Pasión, porque es la última y porque precede casi inmediatamente a la entrada de Jesús en Jerusalén (11,1-11), donde tendrán lugar los acontecimientos profetizados. No solo su amplitud y su introducción -con la fórmula solemne «comenzó a contarles las cosas que iban a sucederle» (10,32)- realzan su importancia, sino también el hecho de que es la única de las tres predicciones que comienza con el significativo vocablo «he aquí» (*idou*).

Jesús comienza utilizando la primera persona plural («subimos», 10,33a); pero el sujeto no seguirá siendo «nosotros» durante mucho tiempo, pues en la Pasión, que viene enseguida, los discípulos abandonarán a Jesús. El sujeto, por tanto, cambia rápidamente a Jesús, descrito como *una víctima pasiva* por el empleo de un futuro pasivo («será entregado»: 10,33b). Esta pasiva se refuerza gramaticalmente por un cambio posterior de sujeto, que pasa de Jesús a sus enemigos. Sus actos de condena, tortura y ejecución de Jesús ocupan la mayor parte de la profecía y se suceden en dos etapas, en orden ascendente: dos acciones realizadas por los opositores judíos (condena y entrega a los gentiles: 10,33c) y cuatro, por los no judíos (burlas, escupitajos, flagelación y muerte: 10,34a). Finalmente, en la conclusión de la profecía (10,34b), Jesús vuelve a aparecer como sujeto, dando a entender que después de tres días resurgirá de la pasividad que lo había caracterizado durante su tortura y muerte para convertirse en la actividad poderosa y viva que sostiene a la comunidad marcana.

Sin embargo, en la mayor parte de la profecía, los enemigos de Jesús y su maltrato mantienen el centro de la escena. Es particularmente significativo que la primera parte de la profecía, la mención de las acciones de los opositores judíos (10,33), vaya enmarcada por dos empleos del verbo «entregar», que aparece al principio en voz pasiva, con Jesús como sujeto («será entregado a los sumos sacerdotes y los escribas») y en voz activa al final, con los opositores judíos como sujeto («estos... lo entregarán a los gentiles»). No queda especificado el agente implícito de la primera entrega, pero el mismo verbo se usa para referirse a Judas en otros lugares del evangelio (3,19; 14,10.18.21.42.44), por lo que debe ser al menos incluido. Pero debido a las muchas conexiones de nuestra perícopa con los pasajes del siervo sufriente en el Deuterocanónico -el segundo de los cuales utiliza «entregar» para expresar la entrega por parte de Dios de su agente escogido al sufrimiento y a la muerte (Is 53,6.12)-, el autor tiene probablemente también la voluntad divina ante sus ojos cuando hace hablar a Jesús del Hijo del Hombre que es entregado a sus enemigos. Así las reverberaciones de Is 50 y 53 funcionan aquí de modo similar al empleo del *dei* («era necesario») en la primera predicción de la Pasión, a saber, para acentuar el «era necesario» porque Dios quería que «el Hijo del Hombre sufriera muchas cosas» (cf. 8,31).

Pero ¿cómo puede ser la profecía de Jesús de su sufrimiento y muerte en 10,33-34 una respuesta eficaz al terror mostrado por los discípulos en 10,32? Primero: el sufrimiento y la muerte no tienen la última palabra; en las tres predicciones de la Pasión, esta función la cumple el vocablo *anasténai* («resucitar»). La resurrección es *la realidad última y determinante*, incluso si su importancia parece quedar disminuida por la firmeza del sufrimiento que la precede. Segundo, si el trasfondo de nuestro pasaje está en el Deuterocanónico y si ese testimonio del Antiguo Testamento se ve como una unidad, dice mucho el que los pasajes del siervo sufriente estén integrados en una sección cuyo tema principal y omnipresente es el triunfo de Dios sobre sus enemigos exteriores e incluso sobre la obstinación de Israel (Is 40-66). Por tanto, el sufrimiento y la muerte del Siervo no pueden separarse de la victoria del Guerrero divino; es más bien el medio costoso por el que se alcanzará esa victoria. Asimismo, el sufrimiento y la muerte de Jesús en Mc no son solo una prueba que ha de soportarse, sino el medio por el que se establecerá el reinado de Dios y «los muchos» serán rescatados de las fuerzas que los han mantenido en la esclavitud (cf. 10,45).

En el siguiente pasaje, Jesús incitará a sus discípulos a compartir esta victoria por medio del «bautismo» en el sufrimiento mesiánico, que será el medio para conseguirla.

SEGUNDA UNIDAD (10,35-40)

- Los discípulos muestran ahora una suerte de falta de comprensión distinta a la que han manifestado recientemente: mientras que antes se sentían vencidos por el miedo acerca de lo que iba a acontecer a su maestro en Jerusalén (cf. 10,32), ahora dos de ellos están tan embriagados con la perspectiva de su resurrección que hay que recordarles la cruz.
- 10,35-40: El Maestro y sus discípulos vuelven a emprender la subida a Jerusalén, al parecer con él de nuevo en la vanguardia (cf. 10,32a). Dos de los Doce, los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, se separan ahora de los demás para acercarse a Jesús con la demanda de un favor especial. Pero, en vez de poner su envite directamente sobre la mesa, Santiago y Juan comienzan con una tentativa de manipulación impresionante por su audacia: en efecto, piden a Jesús que firme un cheque en blanco: «Maestro, queremos que hagas por nosotros lo que te pidamos», es decir, cualquier cosa (10,35b). Jesús esquiva esta manipulación insistiendo en que los hermanos concreten su petición (10,36), a lo que ellos responden pidiendo que se les permita sentarse a su derecha e izquierda «en su gloria» (10,37). Jesús responde al entusiasmo de sus discípulos por obtener posiciones de poder preguntándoles si pueden beber la misma copa o ser bautizados con el mismo bautismo que él (10,38). En el Antiguo Testamento la idea básica de la imagen de *la copa* es la del *sufrimiento amargo*, a menudo con una

connotación de castigo y desgracia. La imagen del bautismo tiene un matiz similar, a saber, el de estar sujeto al sufrimiento e incluso el de la tribulación escatológica. Por ello, Juan Crisóstomo parafrasea bellamente la alusión escatológica de Jesús del modo siguiente: «Habláis de honores, pero yo aludo a luchas y a trabajo duro; no es tiempo de recompensas, sino de sangre, batallas y peligros».

A pesar de la sombría advertencia de una tribulación inminente, Santiago y Juan, como Pedro en 14,29-31, responden positivamente a la pregunta de Jesús sobre su buena disposición a compartirla (10,39a), y el Maestro a su vez profetiza que ellos en verdad lo harán así (10,39b). Hay una tradición bien atestiguada sobre el martirio temprano de Santiago, que ocurrió algún día entre el 42 y 44 d.C. (cf. Hch 12,2) y que, por tanto, era probablemente conocido por la comunidad marcana. Pero no hay ninguna tradición semejante sobre el martirio de Juan, e Ireneo registra ciertamente que vivió hasta una avanzada edad y que murió durante el reinado del emperador Trajano, del 98 al 117 d.C. Quizás el evangelista habría pensado que la profecía de Jesús implicaba el sufrimiento y el rechazo, pero no necesariamente la muerte.

Sin embargo, el punto principal de este pasaje no es la referencia a las futuras tribulaciones de Santiago y Juan, sino *la disociación de este sufrimiento* previsto de la idea de ocupar lugares de honor en la nueva edad (10,40). Jesús no niega que haya tales sitios, pero ni él mismo sabe quién se sentará a su derecha y a su izquierda cuando venga en su gloria, ni tampoco conoce la hora del final (cf. 13,32); las dos cosas dependen de Dios y son conocidas por Él solo.

TERCERA UNIDAD (10,41-45)

- 10,41-45: El enojo de los diez discípulos restantes ante la tentativa de Santiago y Juan de acaparar el protagonismo (10,41) proporciona el impulso para esta segunda conversación. Jesús, al oír o al barruntar esta irritación (cf. 2,6-8; 3,5; 8,14-15; 9,33-35), llama a los demás y vuelve a tratar temas que ha tocado recientemente en el relato: el último será el primero y el modo de hacerse importante es convertirse en el más humilde de todos (cf. 9,35; 10,31). En la forma presente del pasaje, el interés crucial puede ser que quienes más se horrorizan por el auto-engrandecimiento de otros desean a menudo y en secreto engrandecerse a sí mismos. Pero Jesús puede dar también a entender que si los demás están enfadados con Santiago y Juan por tratar de situarse por delante, tienen que comprender que la preferencia en el reinado de Dios implica el sacrificio y no el dominio.

En cualquier caso, Jesús responde a la indignación de estos discípulos invirtiendo el modo por el que se mide la grandeza en el mundo y mostrando la manera con la que se consigue en el reinado de Dios (10,42b-43); la clave operativa es: «No es así entre vosotros» (10,43a). La revelación de Jesús va seguida de una definición de la extraña naturaleza de la grandeza verdadera, experimentada por los que han dejado todas las aspiraciones de poder convencional y se han convertido, por el contrario, en siervos de sus colegas humanos (10,43-44). Esta idea ha aparecido hace poco en el relato marciano (cf. 9,35; 10,31), pero ahora *se radicaliza* al representarla por medio de vocablos relacionados con la esclavitud. Para la gente libre en el mundo grecorromano, había pocos horrores peores que caer en la esclavitud, una degradación relacionada no por casualidad con la muerte tanto en nuestro texto (10,45b) como en Flp 2,7-8. En nuestro pasaje Jesús incita a sus seguidores a asumir una condición que habría sido considerada como el punto más bajo de la degradación; a pesar de todo, el Maestro proclama paradójicamente que es el camino a la gloria.

La justificación de esta extraordinaria afirmación viene en 10,45: «Porque tampoco el Hijo del Hombre vino a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate en pro de muchos». El «porque» sugiere aquí que la imagen de Jesús, que sirve a los demás hasta la muerte (10,45), fundamenta la afirmación de que la manera de ser exaltado es hacerse esclavo de todos (10,43-44). Pero ¿cómo? La respuesta que generalmente se ofrece es que los discípulos son llamados a modelar su vida de acuerdo con el ejemplo de servicio de Jesús: él se hizo un esclavo; igual deben hacerse ellos. Hay un elemento de verdad en esta

interpretación *ejemplarista*, pero no explica cómo la esclavitud conduce a la exaltación, según indica 10,43-44. Los pasajes del Antiguo Testamento a los que se alude en Mc 10,45, a saber, Dn 7-12 e Is 52,13-53,12, son provechosos a este respecto. En el primero, «el pueblo de los santos», vinculado estrechamente con un «como un hijo de hombre», soporta la tribulación escatológica, hace tornar a «muchos» hacia la justicia y es entronizado finalmente junto con «muchos» en el esplendor de la vida eterna (Dn 7,18.25-27; 12,1-3). En el segundo, el siervo sufriente del Señor, que ha llevado sobre sí el pecado de «muchos» y ha sufrido una muerte expiatoria en nombre de ellos, es exaltado y glorificado (Is 52,13). Así pues los contextos amplios del pasaje iluminan la lógica implícita de Mc 10,42-45: quienes participan en el descenso del Hijo del Hombre al abismo compartirán también su exaltación (cf. Flp 2,5-11).

El dicho del *rescate*, con el que concluye el pasaje (10,45b), tiene una importancia central en el relato de Marcos porque es la reflexión marcana más clara sobre *el objetivo salvífico de la muerte de Jesús* (cf. 14,24). Esa muerte debe ser un «rescate», el desembolso de un precio que los «muchos» son incapaces de pagar por ellos mismos. Las imágenes del servicio de los versículos anteriores y el empleo de «servir» en el contexto presente favorecen la opinión de que este rescate se concibe como el pago del precio por un esclavo: Jesús se vende a sí mismo como esclavo para liberar a sus hermanos de la esclavitud. El texto no especifica a quién se paga este rescate, si a Dios o al diablo. A favor de la última interpretación está el que los rescates se pagan generalmente a los poderes hostiles y es fácil imaginarse a Satanás como un dueño de esclavos, sobre todo teniendo en cuenta la terminología de «atar» y «desatar» en la parábola del hombre fuerte de 3,27. Pero el trasfondo evidente de nuestro pasaje, Isaías 53, concede espacio a la duda, puesto que en este profeta el Señor se complace en herir a su siervo justo, cargando sobre él la iniquidad de la nación y recibiendo de él mismo el precio del pecado de esta última.

En cualquier caso, nuestro pasaje termina con una alusión a Is 52-53, que habla del siervo justo del Señor, que expone su alma a la muerte para expiar la iniquidad de «muchos». De este modo, el servicio a los demás es implícitamente un correlato del servicio a Dios. En el contexto canónico de Isaías es importante que el sufrimiento del siervo del Señor se inserte en un marco amplio de gozoso rescate. Y dentro en concreto de Isaías 52-53, la víctima es un iluminado que a su vez ilumina a otros e invierte así la sentencia condenatoria a la ceguera pronunciada contra el pueblo en Is 6,9-10, pasaje citado destacadamente en Mc 4,12. Y dentro del marco amplio de Isaías, el sacrificio del siervo se convierte en el medio por el que el Guerrero divino consigue su llamativa victoria sobre la muerte y sus aliados, un triunfo que incluye acontecimientos milagrosos como valles que se aplanan, desiertos que florecen y ciegos que recobran gozosamente la visión (cf. Is 29,18; 35,1-7; 40,1-11; 42,1-17). No es sorprendente, pues, que nuestro pasaje sobre la muerte servil del Hijo del Hombre vaya seguido de inmediato por otro en el que el Hijo de David abre los ojos milagrosamente de un ciego.

Paso 1 **Lectio:** ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio:** ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio:** ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petición, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio:** ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?